

Reproducción

Serie 2ª, Número 9 — 1º de Noviembre de 1919

H
056
R4257rep
C.R.

Director:

Gaspar Jiménez Rojas

San José, Costa Rica.

Apartado 230

SUMARIO

1. *La hegemonía marítima.* — QUINTILIANO
2. *Los precios de ayer, hoy y mañana.* — O. P. AUSTIN
3. *Henry A. Ward.* — A. A. G.
4. *Algunas palabras del ex-Presidente Sr. Quirós*

Administrador:

Manuel Gutiérrez González

La Dolorosa

Imprenta Greñas



La hegemonía marítima

Mr. Belloc escribió en el número de *La Lectura* de Barcelona, correspondiente a Noviembre de 1914, algunos conceptos cuyo sentido se grabó fuertemente en nuestra memoria, pero cuyas palabras sentimos no poder transcribir literalmente. Según ese sincero escritor inglés, la Gran Bretaña no había ido a la guerra por defender la independencia e integridad de las nacionalidades débiles sino su propia hegemonía marítima. El enemigo de la Gran Bretaña, decía, está ahí donde se pretenda superar o igualar siquiera su poder naval. Por siglos fué Francia el adversario temido y combatido. En los últimos cincuenta años, el objeto de sus temores cambió de lugar; Francia y Rusia pasaron a la categoría de aliados, y la "pérfida Albión" contrajo todos los esfuerzos de su diplomacia a anular las fuerzas de esa gigantesca rival que, en plena juventud, amenazaba su poder marítimo y le disputaba ya, hasta en su propia capital, el predominio comercial.

La opinión de Mr. Belloc no es una opinión aislada. La cláusula de la libertad de los mares, que limita el poder arbitrario de Inglaterra en el mar, es motivo de disensión en las conferencias del Congreso de la Paz. La libertad de los mares es, para Inglaterra, lo que ella entienda por tal. "Si la Liga de las Naciones fracasa, Inglaterra se encontrará con la marina más poderosa del mundo. Nada tiene que temer, pues, en este punto", dice el corresponsal del *Evening Sun* en Londres, y en cable muy reciente hemos leído que el Secretario de Marina del Gobierno de Washington había declarado, en un discurso, que si aquel hecho se verificaba, los Estados Unidos tendrían que poner en pie—y la pondrían—*la marina más poderosa del mundo*. Se ve claro que al querer no más limitar por el derecho la libertad de la Gran Bretaña en el mar, la discordia ha surgido. No se ha firmado aún el tratado de paz y ya se diseñan los lineamientos de la futura contienda.

Pero también pudiera suceder que el plan de Lord Napier, tan gallardamente expuesto en 1857, en N. York, fuera el medio de zanjar dificultades. El *Post* de Chicago dice: "Sea cual fuere el resulta-



do de la Liga de la Naciones, queda en pie un hecho incontrovertible: Sin la sanción de las dos grandes democracias universales, será imposible romper la paz del mundo. La paz está en manos de esas dos democracias, entre las cuales no hay necesidad de alianza por la razón de que cualquiera división entre ellas sería un suicidio."—No un suicidio; un duelo a muerte en que una de las dos quedaría en peores condiciones que las en que están poniendo a los llamados imperios centrales. Pero como la Gran Bretaña conoce ya las capacidades de su rival presente, mucho más peligroso que el que acaba de sucumbir, y como ha vuelto a hallarse en la misma posición que tenía después de la guerra de Crimea, no será raro que el pensamiento de Lord Napier resurja con mayor vitalidad y se lleve a cabo, por lo menos mientras a los germanos del centro de Europa no les vuelva a crecer el cabello, y contra el poder de los cuales torne Inglaterra a necesitar del auxilio norteamericano, si es que no resuelve convertirlos en sus aliados para acabar con el poder de los Estados Unidos.

El plan de Lord Napier es de una sencillez clásica. El globo terráqueo tiene

dos hemisferios; uno oriental, otro occidental. En aquél, el amo y señor sería Inglaterra; en éste, los Estados Unidos. Cada uno en su hemisferio, como quien dice, cada uno dentro de sus propiedades, hará lo que mejor le venga en talante. Los habitantes de esas propiedades valdrán por su número y por lo que produzcan; sus almas no constarán *sino como apéndices de los cuerpos*. Pero es mejor transcribir las propias palabras de Lord Napier, porque aunque las reprodujimos y comentamos hace unos dos años, nadie las leyó, embelesados como estábamos con la idea sugerida por la prensa universal interesada, de que Inglaterra y los Estados Unidos iban a combatir por la existencia, la integridad y la independencia de las naciones débiles. Las naciones débiles están a estas horas bien desengañadas de semejante canción, canción de enamorado, tan pronto olvidada como conseguido el objeto de su pasión. Lo peor es que los escritores que más fuerte la cantaron son los primeros en llamarnos imbéciles o poco menos, por haberla creído. "Sería de desear, dice Gertrude Alhertan, del *N. York Times*, que nunca volviéramos a oír la palabra gratitud en boca france-

sa. No es creíble que la más perspicaz e irónica de las razas del mundo crea ni por un instante que entramos en la guerra para salvar a Francia, a la Gran Bretaña, a la civilización o a cualquiera otra cosa distinta de *nosotros mismos*. Sólo hay dos vías para entrar en una guerra, la de la ofensiva y la de la defensiva. Si hubiéramos sido los altruistas y sentimentalistas de que hablan nuestros oradores públicos, nos hubiéramos lanzado como un hombre a la defensa de Francia y de Bélgica en 1914, pero es un hecho tangible que se gastaron tres años en educar al pueblo americano para que entendiera lo que significaba para las libertades de los Estados Unidos la conquista alemana en Europa. Y cuando, por último, vino el despertar y la entrada en la guerra, **FUÉ PARA SALVAR NUESTRAS PROPIAS PIELS.**” Esto es hablar en plata. Pero hay que hacer notar que si la victoria de Alemania entrañaba un peligro para el pellejo de los americanos, la de la Gran Bretaña no lo entrañaba menor, estando, como estaban, los Estados Unidos en inferioridad manifiesta de fuerzas de mar y tierra. Pero veamos el plan de Lord Napier, que vamos a transcribir:

“Los sucesos de estos últimos años nos han enseñado cuán poco tenemos de común con las demás naciones y han estrechado los lazos que nos unen con *un pueblo hermano con el cual deberíamos estar solos en el mundo.*

“Por más que los ingleses estemos ligados en política con una u otra nación continental, por más simpatía o admiración y confianza que nos merezcan las distintas razas con las que nuestra posición geográfica nos pone en relación, conocemos que entre ellas y nosotros existe un abismo. No hay exageración en afirmar que en maneras, pensamientos, tendencias y aspiraciones, hay menos diferencia entre Lisboa y Viena, que entre los habitantes de Kent y los de Picardía, cada una de cuyas poblaciones puede ver de noche las luces encendidas en el puerto de la otra.

“Sabemos que ni los españoles, ni ningún otro pueblo continental, son capaces de resistir la energía ni el espíritu emprendedor de la raza anglo-sajona. Suponer que un puñado de españoles, de *mestizos*, pueda detener a los americanos, es creer que las leyes de la naturaleza pueden plegarse a los mandatos de la política.

"Hay espacio bastante para ambos cuando cada uno de nosotros tiene por esfera de acción un hemisferio."

Así dijo Lord Napier en la Sociedad de San Jorge de N. York, según lo publicó en Caracas el célebre escritor venezolano D. Evaristo Fombona, el 8 de Diciembre de 1857.

Desorganizada Rusia por la revolución y quebrantado el poder militar de Italia, la victoria de los imperios centrales pareció segura. Fué entonces cuando los Estados Unidos se lanzaron a la guerra, no sólo *para salvar sus propias pieles*, comprometidas por flagrantes y descaradas violaciones del derecho de gentes, sino también los muy considerables intereses pecuniarios dependientes de la victoria de los aliados. Y no sólo por esto. Los Estados Unidos necesitaban hacer una ostentosa manifestación de todo su poder para mostrar a Europa que no hay en ella una sola nación que pueda contrastarlo. No sabemos si ha logrado este último objeto. Destruídos los imperios centrales; Rusia sometida al más anárquico sistema revolucionario, disuelta quizá en múltiples repúblicas demagógicas; Francia desangrada hasta la extenuación; Italia empobreci-

da y también desangrada, no queda en Europa sino Inglaterra, rejuvenecida por la guerra, reforzada por sus colonias, enriquecida, probablemente, con las de los vencidos, armada con todo el poder de dañar descubierto por la ciencia y aplicado por la industria en los últimos cuatro años, triplicada su gran marina, reorganizada su administración, orgullosa de una victoria que proclamará como suya, y consciente de su fuerza, como nunca incontrastable, para dictar la ley al mundo. ¿Al mundo? El vapor y la electricidad han borrado las divisiones geográficas del globo. Políticamente no habrá meridianos ni paralelos. Donde quiera que haya *agua salada* ahí estará el Imperio de la Gran Bretaña. Su poder se ejercerá en todos los mares, y todas las rutas de la navegación universal quedarán sometidas a su irrestricta vigilancia. Esto pretende, por lo menos, la Gran Bretaña.

Pero los Estados Unidos no lo entienden así. "La idea de la libertad de los mares no es una idea alemana. Es una idea netamente americana. Franklin la preconizó en Europa hace siglo y medio. Desde entonces todos los Presidentes americanos la han proclamado y defen-

dido", dice el *Literary Digest*. Los campos están, pues, bien definidos. Mas como una contienda armada entre esas enormes potencias sería necesariamente de vida o muerte para una de las dos, de ahí el peligro del resurgimiento del plan de Lord Napier, como una transacción que aleje o aplace el conflicto. En el último cuarto de este siglo o en el primero del que viene habrá lugar de decidir quién ha de ser el amo exclusivo del mundo. Las luchas de Roma y de Cartago parecerán ridículas ante la grandeza de las que verá el porvenir, y los peques del Atlántico y del Pacífico adquirirán proporciones nunca vistas, alimentados por años con la carne de los soldados y marinos de ambos pueblos.

Sin contrapeso alguno europeo el imperialismo inglés, y el norteamericano engréido con el extraordinario buen éxito de su gran exhibición de fuerzas; amenazados de allá y de acá con una hegemonía conjunta o separada; sin el derecho siquiera de elegir la salsa con que nos han de guisar, no nos queda otro remedio que el de formar una poderosa confederación de pueblos, en América, y apoyarla en las naciones que nos son afines, en Europa. Hasta el miserable

e inofensivo batracio hace cuanto puede por no dejarse engullir por la culebra cazadora.

QUINTILIANO

Abril de 1919.

Los precios de ayer, hoy y mañana

POR O. P. AUSTIN

Perito en Estadística del National City Bank
of New York

(Discurso ante la Conferencia Editorial de la New York Business Publishers' Association, abreviado)

El propósito de esta exposición, como lo indica su título, es una tentativa de examen del porvenir, para determinar, si ello es posible, el curso probable de los precios en general. Que ha habido considerables y continuados aumentos durante el período de la guerra, lo hemos experimentado penosamente; y en los meses corridos desde la terminación de las hostilidades no hemos podido gozar la reducción que algunos habían esperado fundadamente se produciría al finalizar la lucha. En ciertos escasos artículos ha habido ligeras reducciones; pero en otros

se registran todavía aumentos, y el cómputo de precios de alimentos en Nueva York, hoy en día, los presenta más elevados que los del 5 de noviembre, fecha en que el universo tan gozosamente acogió la supuesta terminación del magno conflicto que por cincuenta y un meses ensangrentó el mundo.

Para intentar determinar los probables acontecimientos del futuro debemos tratar de hallar la causa de los hechos acaecidos en el pasado, y determinar también si estas causas son, o no son, de probable continuación en el porvenir inmediato. Cuando los precios comenzaron a aumentar al comienzo de la guerra, pudimos fácilmente ver que el movimiento ascensional debíase a la urgente demanda de alimentos y materias primas requeridos por los enormes ejércitos lanzados a campaña, siendo esta causa denominada "escasez debida a la demanda"; mas cuando descubrimos que el aumento se extendía a numerosos artículos de los que no había escasez y que no eran enpleados por los ejércitos o utilizados en la fabricación de su equipo, comenzamos a comprender que una parte de la elevación había de deberse a alguna otra causa diferente de la simple

escasez producida por la guerra o la demanda.

¿Por qué el producto de la labor de las mujeres y niños que cuidan de los gusanos de seda en China y el Japón, del agricultor filipino que produce el cáñamo de Manila, del felah egipcio que cultiva el algodón de alta calidad, del trabajador nativo de las minas de diamantes sudafricanas, del peón mexicano de los campos de sisal de Yucatán, del culí chino de las minas de estaño de Malaca, de los pastores de rebaños cabríos en las llanuras de China, la India, México y Sud América, ha doblado en precio durante el período de la guerra?

La elevación ha sido general, universal. En algunos artículos, en los que se registró sobreproducción y que obtuvieron demanda menor que la normal, el aumento en precios registrado no fué tan característicamente marcado; mas hay difícilmente un solo artículo en la larga lista de los que concurren a los mercados universales que no haya anotado algún aumento, sin atención a la distancia a que pudiera hallarse su lugar de producción del teatro de la guerra o lo mínima que pudiese ser la demanda ex-

cepcional de dicho artículo o de la mano de obra que lo producía.

Ciertamente, debe de haber habido algunas causas generales fundamentales para esta elevación mundial de precios, para esta simultánea demanda de parte de gente de todas clases, en las regiones todas del universo, de una mayor retribución para sus productos, sin atender a su relación con los requerimientos de la guerra. Aunque nos hallemos inclinados a aceptar las demandas inmediatas de la guerra como una explicación parcial del aumento de precios de los alimentos y de ciertas materias primas y artículos elaborados, debemos investigar más profundamente para hallar la causa de semejantes elevaciones de precios en artículos sobre los cuales los pedidos de la guerra no podrían haber ejercido influencia. Es cierto que un considerable aumento de precio en cualquier clase importante de productos, origina una elevación en los tipos de otros artículos que deben ser intercambiados por los que han anotado el incremento en cotización; pero no parece probable que el aumento debido a la escasez de relativamente pocos productos universales, requeridos por la guerra, sea la causa

principal de la duplicación de precios en casi todos los productos obtenidos en todas las partes del mundo, muchos de los cuales no tienen ni la más remota relación con las necesidades de la contienda.

Al parecer las causas principales del aumento de precios durante la guerra fueron, en su orden cronológico, primero, la "escasez originada por la demanda"; segundo, el aumento en los salarios, hipotéticamente atribuido a la elevación del costo de la vida y a la demanda de mano de obra; y tercero, la enormemente aumentada circulación fiduciaria mundial, o, para llamarla con una sola palabra, el "inflamamiento" monetario. El profesor A. C. Miller, miembro del Federal Reserve Board, autoridad cuyas opiniones merecen una alta consideración, en un discurso recientemente pronunciado ante la Academia Americana de Ciencias Sociales y políticas, designó, como las dos principales causas del aumento de precios, la "escasez debida a la demanda" y el "inflamamiento", añadiendo que "hay tanta evidencia de una abundancia artificial de monetario, en comparación con los artículos que

pueden ser adquiridos, que debe atribuirse a la abundancia de moneda, por lo menos, la misma influencia para explicar los elevados precios predominantes."

Edgar Crammond, el notable economista y perito en estadística, en un discurso pronunciado ante el Instituto de banqueros de Londres el 26 de marzo de 1919, declaró que los tres hechos que tenderían a hacer muy gradual el descenso de los precios, serían: vasto aumento en la circulación de papel moneda; la enorme elevación de la deuda pública de los beligerantes; la determinación de los trabajadores de mantener los elevados salarios y de mejorar su modo de vida.

¿Cuáles fueron los artículos de los que creó la guerra una escasez debida a la demanda? Alimentos, indumentaria, elementos para el transporte y materiales para el campo de batalla. ¿Cuánto aumentó esa demanda relativamente a la ordinaria necesidad mundial de esos artículos? Desde luego, la proporción del aumento tratándose de artículos estrictamente de guerra, fué muy grande. Mas ¿fué, en realidad, tan considerable el aumento en la demanda de los otros ar-

tículos, alimentos, indumentaria, material de transportes, como nos hemos habituado a creer? Admitamos que se elevó a 40.000.000 el número de personas que participaron en la guerra; que es, probablemente, cifra superior a la de los contingentes que hubo en cualquier momento efectivamente en el campo. ¿Nos damos cuenta de la mínima parte que esos 40.000.000 de personas representan en la población consumidora del mundo? Menos del 2½ por ciento.

Pensamos en 40.000.000 de personas como en un enorme número de seres a quienes alimentar, y eso es cierto; pero ha de recordarse que el total de personas que deben alimentarse y vestirse y proveerse de medios de transporte en el mundo, cada día del año, es de 1.800.000.000, o sea cuarenta y cinco veces más que el mayor número de personas en servicio militar en cualquier fase de la guerra. Naturalmente, los soldados eran mejor alimentados que lo son muchas personas en ciertas regiones del globo; mas aunque su consumo por cabeza fuese cuatro veces superior al término medio, ello representaría sólo una pequeña parte junto al consumo diario de alimentos en el mundo.

Ha de recordarse, además, que los 40.000.000 de personas agregadas a los ejércitos habían sido consumidores de alimentos anteriormente al principio de la lucha, no en tanta cantidad como desde que se entregaron a las actividades bélicas, pero en suficiente para no permitir aceptar la hipótesis de que la guerra agregase 40.000.000 de consumidores de alimentos e indumentaria. Tampoco puede ser razonablemente admitido que la retirada de ese contingente, de las industrias, redujese a tal punto el poder de producción mundial, porque..... 4.000.000, de aquel total de personas, hallábanse ya en el servicio militar y, en una considerable proporción, las actividades de los restantes 36.000.000 fueron substituídas por las de otros que hasta entonces no habían, de hecho, figurado como productores.

Mucha parte del material usado para preparar los pertrechos de guerra, fué "desviada" de las normales ramas industriales, pues hubo una inmediata interrupción en la construcción de ferrocarriles, trabajos de edificación y mil otras industrias que anteriormente requerían material de fabricación, y que, como resultado de esa interrupción, dedicaron a

propósitos guerreros el material sobrante.

De esto aparece, al íntimo análisis, que la "escasez debida a la demanda" originada por la guerra no fué tan extensa en alimentos, indumentaria, o materiales de fabricación, como ha sido imaginado.

Un factor que se menciona frecuentemente al intentar determinar las causas de los elevados precios, es el aumento en los salarios de los trabajadores; mas el hecho de que esa elevación fué en la mayor parte de los casos obtenida en compensación del aumento en el costo de la existencia, reduce, al menos grandemente, la importancia relativa de este factor en la investigación de la causa real del aumento general y universal de precios. Debe recordarse también que varios millones de personas que no habían estado dedicadas a actividades industriales o comerciales, dieron su ayuda a los que realizaban esas labores durante la guerra.

¿Hacia dónde, pues, volverse en busca de la causa principal del aumento general de precios en el mundo entero, y su relación con las demandas de la guerra?

¿Qué otra causa podremos descubrir, después de examinar detenidamente la escasez debida a la demanda, la destrucción producida por la lucha y el crecido costo del trabajo? La más saliente entre las posibles, o probables, causas es la teoría adelantada o aceptada por historiadores, economistas, financieros y peritos en estadísticas del mundo entero, de que el inflamiento monetario es normalmente acompañado o seguido de cerca por un aumento de precios.

Me asombraría que nos diéramos cuenta plena de la cantidad de papel moneda que los gobiernos solventes del mundo han lanzado desde el principio de la guerra. Treinta y seis mil millones de dólares. El papel moneda existente en los quince principales países del mundo al comenzar la guerra ascendía a un valor menor de \$ 8.000.000.000, y al terminar las hostilidades era de más de \$ 44.000.000.000, con un aumento de \$ 36.000.000.000 en cincuenta y un meses; sin incluir en esta cantidad los billetes emitidos por los bolshevikis, con un valor total de \$ 80.000.000, durante los dieciocho meses de su gobierno en Rusia. ¡Treinta y seis mil millones de dólares de nuevo papel moneda, agregado a la cir-

culación del mundo por quince gobiernos solventes, en poco más de cuatro años!

¿Nos hemos inclinado a atribuir los aumentos en precios anteriores a la guerra, al hecho de haberse lanzado al mundo por valor de \$8.000.000.000 en oro de las minas universales, en los veinte años subsiguientes a nuestra famosa campaña de oro y plata de 1896. Mas hé aquí ahora títulos prometiendo pagar por valor de \$ 36.000.000.000, convertidos en moneda corriente por quince gobiernos solventes, en un corto período de cuatro años.

¿Nos percatamos de lo vasta que es la suma de \$ 36.000.000.000 en papel moneda que ha sido puesta en circulación en tan breve plazo? Se trata de un valor nominal superior al valor de todo el oro y la plata producidos por las minas del universo entero en los 427 años transcurridos desde el descubrimiento de América.

Ciertamente, gran parte de este papel, hállese actualmente más o menos depreciado en su valor comparado con el del oro, que es el módulo aceptado universalmente; mas el hecho de que respalda ese papel, no sólo una cierta cantidad del metal amarillo, sino también la

promesa de los gobiernos bajo cuya autoridad fué emitido, hace de él un medio aceptado de intercambio en los países de su origen, y la circunstancia de que casi todos los países neutrales del mundo han aumentado al mismo tiempo su circulación fiduciaria y sus deudas nacionales, permitiendo así a su oro amonedado pasar de la circulación pública a las cajas de los bancos como garantía de sus emisiones de billetes, tienden a extender el campo de invasión de este "inflamamiento" de circulación de papel moneda.

Además de estas considerables sumas de papel moneda emitidas por quince gobiernos solventes del mundo, tales gobiernos, al propio tiempo, han hecho un aumento, aún más visible, en sus emisiones de otros títulos de deuda que, aunque no sean moneda corriente en el sentido usual del vocablo, constituyen una masa menos asimilable de papel moneda en realidad. Menciono con ello los bonos, u otras formas de deuda nacional, por valor de \$ 180.000.000.000, emitidos por los gobiernos del mundo en los últimos cuatro años, emisiones que elevaron las deudas nacionales universales de \$ 40.000.000.000, al

iniciarse la guerra, a \$ 220.000.000.000 a su terminación.

Y aunque tales bonos, u otros títulos de deudas nacionales a diferentes plazos de redención, no son moneda corriente legal en el usual sentido del vocablo, de hecho son moneda corriente en el mundo de las finanzas y constituyen una base sobre la que sus tenedores obtienen sin dificultad dinero, en cuyo aspecto agréganse a la circulación fiduciaria mundial.

Otra nueva fuente de aumento en la circulación fiduciaria es el enorme incremento en los depósitos bancarios, que, por sí solo, incrementa la circulación por el crecido empleo de los cheques; especialmente en países como los Estados Unidos donde el cheque sirve para una gran parte de las transacciones comerciales del día. Los depósitos bancarios, en quince de los principales países del mundo, han aumentado desde \$ 27.000.000.000, en 1913, hasta aproximadamente \$ 75.000.000.000 en la actualidad, sosteniendo un ascenso proporcional casi igual al del papel moneda.

Estos aumentos en circulación, deudas nacionales y depósitos bancarios, aunque se han registrado principalmente en los

países beligerantes, hanse extendido también a muchas otras naciones, especialmente en Europa, donde seis de los principales pueblos neutrales han aumentado durante la guerra su deuda nacional en \$ 1.000.000.000, su circulación fiduciaria en más de \$ 1.000.000.000 y sus depósitos bancarios en alrededor de \$ 1.000.000.000.

Así, en el corto período de cuatro años y medio, el papel moneda universal ha aumentado en \$ 36.000.000.000, los reconocimientos de deudas nacionales en \$ 180.000.000.000 y los depósitos bancarios en cerca de \$ 50.000.000.000. La mayor parte de estos enormes aumentos se han efectuado en títulos "descubiertos" o no garantizados. Las minas de oro del mundo entero han producido menos de \$ 2.000.000.000 de valor del precioso metal durante el período de la guerra, y la mayor parte de la existencia de oro del mundo, que constituía el 55 por ciento de la circulación de papel al iniciarse las hostilidades, ha pasado a las tesorerías de los gobiernos o a las bóvedas de sus grandes bancos, como una base para las emisiones de billetes, y actualmente está en una relación de alrededor del 20 por ciento con la masa de papel moneda en circulación, variando esta proporción del oro al papel muy amplia-

mente cuando se comparan unas naciones con otras.

Si los historiadores, financieros y economistas mundiales se hallan en la razón en su unánime creencia de que un aumento en los precios es la secuela habitual del inflamamiento en la circulación monetaria, y especialmente en la circulación fiduciaria, ¿podremos sorprendernos de la universal elevación de precios que hemos presenciado en los recientes cuatro años durante cuyo curso la circulación monetaria del mundo y los depósitos bancarios han triplicado y las deudas nacionales quintuplicado?

Y llegamos ahora a la tercera y última cuestión, la de los precios de mañana. ¿Podemos esperar una reducción sensible de los precios generales en un porvenir próximo? Al tratar de determinar esta cuestión debemos investigar si las causas que produjeron la elevación durante el período de guerra presentan probalidades de ser eliminadas.

Las principales causas de la elevación parecen haber sido la "escasez debida a la demanda," el mayor costo de la mano de obra y el aumento en la circulación fiduciaria.

La "escasez debida a la demanda" pro-
dújose desde el mismo día inicial de la lu-
cha, pues la mayor parte de los países que
entraron en la guerra comprendieron que
la demanda que sobrevendría en ellos sería
considerablemente superior a sus recursos
tanto en alimentos como en materiales mi-
litares, y a medida que las semanas y los
meses avanzaban ese hecho afirmóse más
sólidamente en dichas naciones.

Durante el año final de la contienda las
fábricas de municiones de los diversos paí-
ses beligerantes pudieron servir en consi-
derable medida las necesidades de sus pro-
pios ejércitos; mas en cuestión de alimentos
la "escasez debida a la demanda" continúa
aún con cortas perspectivas de reducción,
por lo menos en un futuro próximo. El
número de seres humanos por alimentar en
Europa no ha decrecido y aquel continen-
te, que desde hace muchos años no podía
producir su propio consumo de comesti-
bles, hállase ahora con campos abandona-
dos y poblaciones perturbadas e incapaci-
tadas para tornar a la producción normal
en plazo inmediato.

Para la elaboración de productos, en la
que Europa también tenía que depender
de otras partes del mundo, requerirá canti-

dades anormalmente crecidas de materias primas, al menos en proporción a sus programas de fabricación, dado que sus depósitos de esas materias están absolutamente agotados. En todas las partes del universo en las que se dependía de Europa y los Estados Unidos para obtener productos manufacturados, los depósitos hállanse vacíos y habrá que abastecerlos; y muchas de las regiones europeas volverán evidentemente de modo muy lento a producir artículos para la exportación, y caso de que los produjeran tendrían escasos elementos de transporte y situación en los mercados respectivos.

De esto resulta, pues, que aunque la demanda de materiales de guerra ha terminado, las otras características de la "escasez debida a la demanda" continuarán existiendo, al menos en una forma algo distinta, durante el próximo futuro, especialmente en lo referente a los requerimientos universales de alimentos, productos manufacturados y materias primas para la fabricación, al mismo tiempo que los acontecimientos a la vista no indican la perspectiva de una reducción inminente del costo del trabajo ni del inflamiento en la circulación fiduciaria.

Henry A. Ward

En los *Proceedings* de la Academia de Ciencias de Rochester se ha publicado recientemente el retrato y notas biográficas del profesor Henry A. Ward, uno de los científicos americanos verdaderamente notables, no por un hecho aislado, que fácilmente se presenta en la vida, sino por la existencia toda consagrada, desde su juventud hasta la ancianidad, al servicio de la Historia Natural, con la preparación de ejemplares para todos los museos del mundo, inclusive el de Costa Rica.

El profesor Ward es un ejemplo vivo de lo que vale la confianza en el esfuerzo propio, y lo que puede hacerse conciliando el interés personal con el beneficio de la ciencia, que mantiene sus alas abiertas sobre todos los pueblos. Sin recursos de familia y sin el auxilio del Estado, hizo sus primeros estudios, asistiendo a los talleres en las horas libres, o cazando perdices durante las vacaciones para venderlas en el Mercado, y comprar libros, atendiendo así a las necesidades del colegio. Después entró al servicio de un inglés acaudalado, que tenía un hijo, con quien el joven Ward

había hecho relaciones de estudiante, y con él fué llevado a Londres, luégo a Egipto, en viaje de recreo, subiendo hasta las cataratas del Nilo, donde se desarrolló su ambición por recorrer otros países.

Al regreso a Inglaterra, le faltó su protector y vió por un instante cerrado el camino de su carrera de Ingeniero de Minas. Sin embargo, la estrechez en que pasara sus primeros años y el hábito de trabajo y economía, que le permitía "no viajar en tercera cuando podía conseguir pasaje de cuarta clase", le abrieron las puertas del comercio mundial: con un saco de viaje vacío se trasladó a París, donde se hacían en ese tiempo excavaciones para bodegas de Champagne; allí recogió muestras de rocas, conchas y caracoles fósiles que vendió a los museos británicos. Más tarde obtuvo ejemplares de rocas inglesas, que vendía a los museos franceses: así fué extendiendo el comercio científico en toda Europa, desde Inglaterra a Italia y de Suecia a España. Finalmente, de regreso a Rochester, fundó un establecimiento encargado exclusivamente de recoger ejemplares de Historia Natural en diversas regiones, para prepararlos y surtir con ellos a todos los museos que se fundaron en la segunda mi-

tad del siglo pasado, llegando a adquirir el calificativo de "rey de los constructores de museos" en Norte América. Para la exposición de Chicago pudo suministrar 21 carros de ferrocarril completamente llenos, e hizo con ellos tal instalación, que le produjo cien mil dólares, en un solo giro entregado por el fundador del Museo Colombino.

Más de cien museos americanos se han llenado con especímenes suministrados por el Establecimiento de Henry A. Ward, y tal vez no hay un centro de Historia Natural que no tenga ejemplares procedentes de Rochester.

Cuando el Profesor Ward estuvo en Costa Rica, de paso para la América del Sur, parecía tener sesenta años de edad, y sin embargo, en su visita al Museo tomó un delantal de nuestro taller de taxidermia y se puso a disecar un *perico ligero*: "desde mi salida de Nueva York, nos decía, no trabajo y me siento cansado de estar ocioso." Había viajado por la China, entrado al Centro del Africa y recorrido todas las regiones donde pudiera encontrar algo interesante; sólo le preocupaba la idea de morir en una de sus constantes exploraciones y que su cuerpo no pudiera ser incinerado

científicamente, como se acostumbra en Búffalo. Por fortuna para él y por desgracia para la ciencia, el 4 de Julio de 1906, en las propias calles de Búffalo lo mató un automóvil, y sus cenizas se conservan en una pequeña urna de piedra, tal como él lo deseaba.

¡Precioso ejemplo de esfuerzo personal en pro de la humana cultura!

A. A. G.

Algunas palabras

DEL SEÑOR EX-PRESIDENTE DON JUAN BAUTISTA QUIROS, RELATIVAS A LOS SUCESOS DE LOS DIAS 1 Y 2 DE SETIEMBRE.

Todo indica que las cosas estaban preparadas ya para hacer sentir a Costa Rica la imposición de la fuerza, con escarnio del tantas veces proclamado principio de la igualdad de las naciones y del derecho que tiene cada pueblo de resolver como soberano y como único árbitro, las cuestiones que sólo afectan su régimen interno, sin lesionar los intereses ni los derechos de los otros. A ese respecto no veo en lo ocurrido otra cosa que el deseo de hacer pre-

valecer el capricho de una voluntad hoy omnipotente, sobre un pueblo pequeño e indefenso; porque demasiado bien sabía el Presidente de los Estados Unidos que en mi actuación como gobernante de Costa Rica, no tenía otra mira que la de satisfacer amplia y cumplidamente las aspiraciones del pueblo y de dejarle en libertad completa para elegir a los hombres que considerara con mejores títulos para regir sus destinos, haciendo así vida republicana y conforme con los más sanos principios de la democracia.

... Aquel hecho sería objeto de escándalo si en el mundo imperara la justicia y si no fueran un sarcasmo los principios proclamados y por los cuales fueron sacrificados tantos millones de hombres en la catástrofe mundial que dejó entronizado un imperialismo funesto para las pequeñas nacionalidades de América.

De La Verdad, 18 octubre de 1919

El vicio deja como una úlcera en la carne, un arrepentimiento en el alma que siempre se hiere y se sangra a sí misma; pues la razón borra las otras tristezas y dolores, pero engendra el arrepentimiento, que es más grave, porque viene de adentro, así como el frío y el calor de las fiebres es más agudo que el que viene de afuera.—MONTAIGNE